

che de que fue deliberadamente retórico. Su barroquismo y sus violentas metáforas no son inevitables expresiones de una emoción; el lector las siente como actos de artesanía literaria. Desdeñaba a los españoles, pero su fe en el diccionario y la curiosa voluntad de exhibir sus galas misceláneas tienen algo, y mucho, de hispánico. Refiriéndose a Quevedo nos habla de "la coraza de su prosa". La sentencia es autobiográfica.

Más importante que el elogio o que la censura es el hecho de que más allá de nuestras polémicas, hay líneas de Lugones, líneas inagotables de Lugones, que me acompañarán, lo sé, hasta el fin.

*En diario *La Nación*, Buenos Aires, 16 de junio de 1974¹.

¹ En 1974, Ediciones Orión publicó la antología *Mi mejor cuento*. Borges eligió "Juan Muraña" de *El informe de Brodie*, 1970, y escribió una nota que dice así: "Desde luego la palabra *mejor* carece de un sentido constante; depende del lector, del ánimo y del momento. 'Juan Muraña' me gusta porque me trae antiguas memorias de mis orillas de Palermo, el del protagonista y el de Carriego, y sobre todo por la idea de que los hombres pueden dar a las cosas una vida tenaz que sobreviva a su corrupción corporal. En mi relato, el cuchillo es el ejecutor de la muerte del gringo, no la vieja mujer desvalida. La misma fantasía se encontrará en las páginas de 'El encuentro'". (N. del E.)

LUGONES-MACEDONIO 100 AÑOS

Testimonio de Borges

Como Güiraldes, Macedonio permitió la vinculación de su nombre al llamado grupo Martín Fierro, por el que yo siento escasa simpatía. Aquel grupo estaba integrado por personas que trataban de llamar la atención y que hasta llegaron a inventar una polémica entre Florida y Boedo, totalmente apócrifa. Yo hubiese preferido pertenecer al grupo de Boedo, puesto que en aquel tiempo escribía sobre las orillas y el mundo de los cuchilleros, y era además anarquista en el sentido en que define Herbert Spencer esa ideología en su libro *The Man versus the State*: yo quería un mínimo de gobierno.

Heredé de mi padre la amistad de Macedonio. Recuerdo que, hacia 1910 ó 1912, venía a casa para hablar con él de filosofía o de estética, y que cuando volvimos de Europa, en 1921, Macedonio estaba esperándonos en la dársena. Más tarde, solía verlo una vez por semana en su tertulia del café La Perla, situado entonces sobre la precisa esquina de Rivadavia y Jujuy.

Si como escritor era mediocre, porque empleaba un lenguaje confuso y de lectura difícil, como hombre era genial. Su excelencia estaba en el diálogo, y tal vez por eso pueda asociárselo a genios que no escribieron nunca, como Sócrates o Pitágoras o aun como Buda y Cristo. Lo primordial era su presencia, su compañía. Contra lo que quizá pueda suponerse, tenía una conversación muy parca. En toda una noche no hablaba sino cuatro o cinco veces, pero cada frase que decía resultaba memorable. Como era cortés, solía atribuir sus ideas al interlocutor. Decía, por ejemplo: "Habrás pensado, sin duda, que...", y luego emitía una sentencia en la que el otro no

había pensado nunca. O bien, en las reuniones numerosas, se dirigía sólo a la persona que tenía al lado, como si fuera el único interlocutor, pero con una voz suficientemente alta como para que todos lo oyéramos. Quienes no lo conocieron podrán, tal vez, no gustar de lo que escribió, porque la eficacia de sus reflexiones estaba en la entonación con que las decía. Es lástima que esas entonaciones no puedan transferirse a la letra escrita.

Creo que nunca hablábamos de política. Macedonio fue yrigoyenista mientras Yrigoyen era presidente; luego se plegó a Uriburu, porque siempre era partidario de los que estaban en el poder. Tenía la curiosa idea de que la mayoría de los argentinos no podía equivocarse, y que cualquier hombre que eligiese debía necesariamente ser un buen gobernante, lo que desde luego es una falacia.

Cierta vez, creo que hacia 1927, se entretuvo con el proyecto de ser presidente de la República. Según él, muchas personas deseaban tener un kiosco de cigarrillos pero casi nadie ambicionaba ser presidente; calculaba, entonces, que llegar a la presidencia era más fácil que abrir una cigarrería, y pensaba que el primer paso era una adecuada difusión del nombre. Así, con la ayuda de algunas mujeres devotas entre las que se contó mi hermana Norah, dejaba hojas de papel firmadas con su nombre en los cinematógrafos y en las confiterías, u olvidaba deliberadamente en los clubes ejemplares de, por ejemplo, un autor como William James, con la firma de Macedonio manuscrita en alguna página. Yo le decía que esos argumentos se leen y se olvidan en seguida, y que quizá fuera más provechoso para su intento publicar un artículo firmado en *La Prensa* o en *La Nación*, que eran leídas por millares de personas. Pero creo que aquello fue una broma, en la que él se interesó más por el mecanismo de la fama que por su obtención.

Fue por esos años cuando los que concurríamos a la tertulia de La Perla empezamos a componer una novela cuyo título era *El hombre que será presidente*. Escribimos dos capítulos, que quizá fueron conservados por Julio César Dabove, pero

Macedonio nos negó su colaboración a partir del tercero y no continuamos aquel trabajo. Como era preciso que en la novela sucedieran otras cosas aparte de la campaña presidencial, y como los personajes éramos nosotros, nos entretuvimos imaginando que, por ejemplo, Santiago Dabove iría a la cárcel en el noveno capítulo o Borges se suicidaría en el tercero. Nuestra intención era que el libro no apareciera firmado. Sólo en el epílogo se revelaría que eran los propios personajes quienes lo habían escrito.

Nunca le asignó valor a su palabra escrita. Vivía para pensar, y creía que el problema central del universo ya había sido resuelto muchas veces, no por filósofos como Schopenhauer o Berkeley, sino por hombres que no se habían tomado el trabajo de revelarlo. Pensaba que tal vez la solución era incomunicable. Alguna vez me dijo, que un hombre tendido en el campo, al atardecer, podía acaso intuir cómo era el universo, pero no sabría decírselo a los demás. Confiaba en la posibilidad de una iluminación mística tanto como desconfiaba de la eficacia de la escritura.

Conocí las diversas casas en que vivió. Quedaban por el barrio de los Tribunales, o por el del Once. La primera que recuerdo era una pensión asaz modesta en Libertad entre Lavalle y Corrientes; otra pensión estaba, creo, en la calle Sarandí entre Alsina y Moreno; conocí otros cuartos sin ventanas en la calle Rincón y en la calle Misiones. Lo visité muy poco en esas casas, porque verlo me parecía un privilegio y no creía tener suficiente derecho a él. En cada mudanza olvidaba en los armarios y cajones todos sus manuscritos, acaso porque se iba sin pagar. Así, mucho de lo que escribió se ha perdido irrevocablemente. Cierta vez le censuré el descuido, y él me replicó: "¿Te parece que yo puedo perder algo, che? ¡Si estoy siempre diciendo las mismas cosas! ¿Creés que soy lo bastante rico como para que algo me pertenezca?"

Hacia 1928 intercedí ante Alfonso Reyes para que publicara en los Cuadernos del Plata una colección de sus escritos. Fueron los *Papeles de Recienvenido*. Macedonio se desintere-

só por completo de la edición y ni siquiera quiso revisar las pruebas. Lo hice yo, y no creo haber tenido que corregir el material, salvo quizá alguna frase muy larga que debió ser cortada en dos o algún cambio de puntuación. Pero ni siquiera estoy seguro de haber hecho eso.

En el discurso de la Recoleta¹ dije —es verdad— que por aquellos años yo imité a Macedonio hasta la transcripción, hasta el apasionado y devoto plagio. Hoy creo que ciertamente influyó sobre mí, y en particular sobre algunas malas costumbres literarias que luego he suprimido, como el empleo de ciertos verbos en función de sustantivos. Yo solía escribir entonces 'el vivir' y no 'la vida'. Felizmente corregí esos deslices.

Hablábamos poco de Lugones, de quien Macedonio había sido muy amigo en la juventud. El único comentario que recuerdo es una broma bondadosa, sin mala intención. Cierta vez me dijo Macedonio: "Qué raro, Lugones: un hombre tan inteligente, de tantas lecturas, ¿cómo nunca pensó en escribir un libro?" Eran, en el trato, seres esencialmente distintos. Ambos tenían la costumbre de la soledad, pero la mente de Macedonio era más hospitalaria. Con Lugones no era posible discutir, ni siquiera dialogar. Se lo impedía la soberbia, la tendencia a rechazar todo lo que lo contradijera.

Con frecuencia suelo recordar el día en que pelearon Carpentier y Dempsey por el título mundial de todos los pesos y el interés que manifestó Macedonio, cuya antipatía por todo lo que fuera francés habíamos advertido ya en otras ocasiones. Cuando intentamos ponderar a Carpentier, nos dijo: "A la primera trompada de Dempsey, ya estará el francesito en el *ring-side*, pidiendo que le devuelvan la plata porque la función resultó muy corta". Nunca supe por qué le interesaba el box. Yo no siento ningún entusiasmo por él. Reconozco que, desde luego, es más atractivo que un *match* de fútbol. Al menos en

¹ Véase "Palabras de Jorge Luis Borges ante la bóveda en que se guardan los restos de Macedonio Fernández" en *Borges en Sur*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999, págs. 305-307. (N. de l.E.)

el box hay dos hombres que se enfrentan. Pero un conjunto de muchachones entreteniéndose en patear una pelota es algo que siempre me pareció bastante estúpido.

Tampoco he olvidado que, en cierta ocasión, Macedonio me dijo que el amor filial y el amor paternal eran equivocaciones, porque es imposible la relación íntima entre personas de edades tan distintas. No sé por qué habló de esa manera, puesto que quienes nos reuníamos con él en la tertulia de La Perla éramos mucho menores y sin embargo en nuestra relación no había sobresaltos.

Pienso que debió aguardar la muerte con curiosidad e impaciencia. Puesto que creía en la inmortalidad del alma, morir era para Macedonio un hecho fortuito, tal vez secundario, y nunca se explicó por qué la gente concedía tanta importancia a la muerte física. Vivió sin distraerse de las circunstancias que habitualmente distraen a los hombres, y hasta es posible que, aun en vida, conociera, alguna de las muchas formas que tiene la eternidad".

*En diario *La Opinión*, Buenos Aires, 23 de junio de 1974. Palabras de Borges en el centenario del nacimiento de Leopoldo Lugones y Macedonio Fernández. Transcripción tomada por Tomás Eloy Martínez.

MACEDONIO FERNÁNDEZ¹

He conocido a muchos hombres justamente famosos; ninguno de ellos me ha impresionado como Rafael Cansinos-Asséns y como Macedonio Fernández. En el primero, que eligió ser judío, yo vi cifradas de algún modo, además de su música verbal, todas las bibliotecas del Oriente y del Occidente; más extraño fue Macedonio. Era un abogado argentino, un tenue y suave señor gris, que vivía en el barrio de Balvanera y que se había entregado, único en su siglo tal vez, a la curiosa ocupación de pensar.

No abjuraba de la lectura; Schopenhauer y Hume fueron sus estímulos, sus ocasionales estímulos, como lo fueron las mañanas, los amigos y las memorias. La publicidad lo tenía sin cuidado; no corrigió jamás una prueba y no profesó la hoy corriente superstición de la letra de molde. Escribía para mejor pensar. Al cambiar de pensión, hecho que le ocurría con frecuencia, olvidaba en su éxodo manuscritos de perfilada caligrafía sobre temas de estética y metafísica. Sus discípulos lo reconvinimos y replicó que no era lo bastante rico como para poder perder algo.

Un sábado nos dijo que si él pudiera tenderse en el campo, en plena llanura, quizá entendiera el universo, pero que no estaba seguro de que esa revelación fuera comunicable en palabras. No sé si la logró alguna vez. La inmortalidad personal,

que para mí es una amenaza, era una esperanza y una certidumbre para él.

Era tan criollo que podía no pensar en gauchos. Prefería los de Estanislao del Campo a los de José Hernández, de cuyo *Martín Fierro* juzgó que era "un siciliano rencoroso". Nunca le oí tocar la guitarra, pero le gustaba templarla y se retrató con ese instrumento, sin duda por el ocio que sugiere, como la baraja del solitario y el mate.

Yo sabía que al cabo de la semana vería a ese amigo de mis padres en determinada confitería de la calle Jujuy, hacia las doce de la noche. Su diálogo justificaba con plenitud los muchos días de la espera; Macedonio realizaba el prodigio de ser un conversador de pocas palabras, tímido, asombroso y lacónico. Una cortesía espontánea lo movía a atribuir sus descubrimientos al interlocutor. No puedo atravesar el Once sin recordar la metafísica y las especulaciones de Macedonio.

Unos seiscientos años antes de Cristo, en un tiempo de oráculos y de mitos, los griegos se pusieron a pensar; una historia de los presocráticos griegos podría incluir a Macedonio. No se cuidaba de los pareceres ajenos, de índole adversa o favorable; era el joven Adán en el Paraíso, maravillado por esas luces raras, los astros.

Un hombre gris y mágico, en el barrio de Balvanera, sigue pensando y repensando los problemas eternos.

*En diario *La Nación*, Buenos Aires, 21 de julio de 1974, y en el número especial de *La Nación* del 22 de agosto de 1999.

¹ Véase también el prólogo de Borges en la antología: *Macedonio Fernández*, Buenos Aires, E.C.A., 1961, publicado en *Prólogos con un prólogo de prólogos*, 1976, recogido en Jorge Luis Borges, *Obras Completas*, IV, págs. 53-60.